

**La iglesia que camina con la familia**  
**Un desafío: dos oportunidades**  
(C. Giaccardi & M. Magatti)

**1. El Sínodo como cuestión de método**

La Iglesia católica es una de las pocas instituciones occidentales (quizás sea la única) que ha sobrevivido a la irrupción de la modernidad. Esto explica la dificultad, así como la fecundidad, de una relación que si no se basa sólo en la contraposición y en la destrucción, puede servir a ambas, es decir a la modernidad y a la tradición que la Iglesia encarna, como el Concilio Vaticano II había afirmado con audacia.

En los últimos 50 años hemos constatado lo difícil que es encontrar la clave de este diálogo, que está siempre expuesto al riesgo de implosión. El Papa Francisco ha vuelto varias veces sobre este punto, que necesita una atenta reflexión.

Al convocar el Sínodo, el Papa sabía que estaba tocando una cuestión 'urticante', que iba a suscitar una encendida discusión. Y para evitar polémicas y rupturas, Francisco decidió adoptar un método muy prudente, es decir una primera sesión dedicada a la escucha y a la reflexión y una segunda donde formular la conclusión, un año después. ¡El pueblo anda a un ritmo que hay que respetar!

Confortado por el poderoso impacto que su pontificado ha tenido a nivel mundial - y tanto es así que la percepción que de la Iglesia se tiene ha cambiado de golpe - Francisco esperaba que la discusión iba a ser serena y que iba a tener lugar en las oportunas sedes.

La situación se ha complicado porque, pocos días después de la apertura del Sínodo, algunos cardenales han decidido poner de manifiesto su posición, en público. Como era previsible, los medios de comunicación del mundo entero se desencadenaron alimentando la lectura 'política' del Sínodo: ante las aperturas "progresistas" del Papa he aquí el ala "conservadora" que se une y hace sentir su voz, antes de empezar.

Aceptar esta contraposición hubiera sido declarar la verdadera derrota.

Más allá de la legítima discusión entre quienes piensan de manera distinta, el riesgo es que este tipo de polémicas acabe limitando el ámbito de la reflexión sinodal a la cuestión de la comunión a los divorciados, importante pero no resolutive. Al convocar el Sínodo, la intención del Papa era pastoral y no doctrinal. Esto significa que las cuestiones que Francisco planteaba a la Iglesia no conciernen los principios, que se van reafirmando continuamente, y menos aún la separación entre ideales y vida, ley y espíritu.

Nos parece que hay que subrayar el método que el Papa ha propuesto para el Sínodo. La realidad, la condición histórica del hombre es el punto de partida. En este caso, la crisis de la familia y su metamorfosis. Hay que asumir esta condición - y esto porque no es posible negar los hechos - pero tampoco limitarse a ellos. Si pues, la Iglesia sigue convencida que el matrimonio es el gozne del vínculo inter-generacional entre seres humanos que son concebidos no como simples agregaciones de células, sino como sujetos personales, únicos e irrepetibles, y si la sociedad parece emprender otro camino, la pregunta que hay que plantearse es: ¿cómo volver a proponer ese valor? Es decir cómo dejar madurar, de manera diferente, y con un lenguaje nuevo capaz de ser comprendido, lo que hoy el modelo tecnocrático-individualista desafía?

Así que no se trata ni de innovar - categoría ésta totalmente moderna según la cual lo nuevo es un bien en sí mismo- ni de conservar, ¿qué hay que defender? - sino de re-descubrir y dar vida, aunque sea mediante prácticas, formas y palabras nuevas, a un 'mito' (en el sentido antropológico) no sólo de la religión cristiana, sino también de todo Occidente.

Por esto hay que discutir. Por esto hay que escuchar. Hay que buscar juntos, tomarse en serio las razones de quienes piensan distinto.

En realidad el Papa, que tiene una idea procesual del gobierno, no tenía un resultado prefijado en su mente, o un punto específico que había que alcanzar. Ante una urgencia, su intento era más bien reponer la Iglesia en marcha, invitándola a no ensimismarse en sus propias convicciones, a no encerrarse en sí misma.

En este marco, es comprensible y legítimo que las preocupaciones y sensibilidades no sean las mismas para todos. Y esto porque el problema es delicado y, más aún, porque en un cierto sentido no hay respuesta. Por lo menos en el sentido de que no hay una fórmula doctrinaria capaz de salvaguardar del riesgo de la vida y de la historia. La ley sirve, pero la realidad siempre la supera. En este sentido, el objetivo del Papa - que ha sido alcanzado - era hacer que todos pusiesen mano a la obra: volviendo a la libre discusión, apoyando una comunicación pública que fuera transparente, haciendo votar el informe final punto por punto.

Francisco no decía lo que había que hacer, más bien, señala un horizonte de sentido hacia el que tender. E invita a trabajar para que el bien aflore poco a poco y sea posible realizarlo, por un camino comunitario.

Si el Sínodo se reduce al enfrentamiento entre tradicionalistas e innovadores (enfrentamiento que ha tenido lugar, sin que por ello haya sido lo más importante) no se percibe la novedad que el Papa Francisco está comunicando.

Es decir que nos encerramos en la dialéctica conservadores-innovadores y nos quedamos entrampados en la inflación de la discusión, con el riesgo de acabar en el callejón sin salida de un mero 'proceduralismo' (o legalismo, que es la versión moderna laica de la rigidez doctrinaria) o del cinismo democrático (que ante la fatiga del diálogo concluye que no hay nada en común).

La cuestión es, pues, cómo tratar y encarnar esos principios en la vida concreta de las personas y de las comunidades.

Afirmar que en este ámbito hay leyes y prácticas indiscutibles significa inmovilizar la Iglesia católica hasta el punto de dificultarle el diálogo con la experiencia humana

contemporánea: nunca como ahora la verdad que la Iglesia indica puede redescubrirse sólo por la cercanía con el hombre en búsqueda, en una relación de confianza y de aprecio recíproco.

De hecho, por medio del Sínodo extraordinario, Francisco revela lo que desea sea su pontificado, porque este Sínodo, querido por el Papa, dirá en qué medida Bergoglio es capaz de concretar su voluntad de renovar la Iglesia.

Pensar que el intento del Papa consiste en halagar la cultura contemporánea, mitigando la originalidad del cristianismo, quiere decir no haber entendido sus intentos, porque más bien es el contrario. El Sínodo ha sido convocado justamente para que toda la Iglesia logre ver qué decir y cómo hacer para contrarrestar la deriva que se afirma en esta fase histórica, volviendo a presentar la familia como la célula primera y esencial de la vida personal y social.

El objetivo, pues, es claro y común, y la discusión sirve para concordar cómo alcanzarlo. El camino que hay que recorrer puede inspirarse en la tradicional capacidad que la Iglesia tiene para articular la relación entre verdad e historicidad. Si es verdad que son tres los elementos que califican la familia cristiana, a saber su ser indisoluble, heterosexual e inter-generacional, hay que decir que sus formas históricas concretas han sido muy diversas y han estado siempre en evolución.

La apuesta es importante. Nos parece, que con el Sínodo el Papa Francisco haya querido expresar la renovada capacidad que la Iglesia tiene para reflexionar, rezar, discutir y, al final, decidir juntos. El Sínodo no ha sido predeterminado, su final está abierto: el Papa ha expuesto y va a exponer sus preocupaciones pero quiere que la respuesta nazca de una sincera búsqueda en común. Una Iglesia mundial capaz de no dejarse descaminar por las dos tentaciones opuestas de la guerra entre facciones y del centralismo romano.

¿Cómo no entender el alcance "profético" de esa perspectiva?

## **2. La pastoral en profundidad: partir de la realidad de la familia para imaginar y acompañar el futuro**

El día en que la Iglesia católica concluía la primera fase del Sínodo sobre la familia, algunos alcaldes italianos procedían a reconocer y validar matrimonios gay contraídos en el extranjero.

Puede que haya muchas personas que piensen el contrario, pero no es difícil prever que pronto Italia se alinearé a la legislación que se ha ido afirmando en todo Occidente, y que reconoce el matrimonio homosexual, la fecundación heteróloga, el divorcio breve. Y esto mientras disminuye vertiginosamente el número de matrimonios religiosos, que no es compensado por los matrimonios civiles, mientras aumentan los divorcios y las convivencias (la vida en común de un matrimonio no llega hoy a más de 15 años), se reduce el índice de natalidad, y crece el número de hijos que nacen fuera del matrimonio.

Se trata de una mutación antropológica que ha sido muy rápida: comportamientos que hoy se aceptan sin dificultad y que la opinión pública rechazaba de lleno hace sólo diez años.

El punto es que en la sociedad contemporánea, que está hecha de individuos aislados y que se mueven gracias a, y a través de, sistemas técnicos y aparatos formalizados, los vínculos familiares han dejado de existir o se van re-proponiendo con características totalmente diversas a las tradicionales.

La combinación entre las nuevas posibilidades técnicas y un subjetivismo cada vez más acentuado hace que la familia descubra (es decir la familia de la que la Iglesia habla, y que es inter-generacional y heterosexual) que ha dejado de ser necesaria para la organización social. Y es la primera vez que esto ocurre en la historia occidental. En definitiva, hoy la familia salta porque anteriormente ha aceptado reducirse a un núcleo aislado. Bajo el empuje de una cultura individualista y de una organización social cada vez más orientada hacia la funcionalidad, en estas condiciones el núcleo mismo ha empezado a desmoronarse.

La cultura de hoy cree poderse organizar prescindiendo del vínculo de la familia, que es considerado demasiado oneroso respecto a la libertad fluctuante del IO-individuo. Y esto se hace con una ligereza desconcertante.

Lo que se altera es pues la relación individuo-grupo. También en la vida de la familia lo que prevalece es el punto de vista individual. En definitiva el objeto del rechazo no es la familia, (y tanto es así que hasta las parejas homosexuales piden ser consideradas como una familia), sino que se le impone ajustarse a las exigencias y al iter de vida de cada uno de sus miembros. En una dinámica que tiene aspectos positivos (pensemos en el lento, pero inevitable, re-equilibrio de las relaciones en general) lo que se rechaza es la idea tradicional, es decir que la formación de una familia acarrea la cesión, por así decirlo, de parte de la propia autonomía porque entramos a formar parte de un plan cooperativo e inter-generacional. Por el contrario, la familia - que lleva al extremo sus rasgos afectivos y emocionales - es considerada como un ámbito donde es posible realizarse como individuo (a nivel profesional, de amistad...). Por esto la gente se casa más tarde respecto a antes (después de los 30 años), queda abierta la posibilidad de volver a empezar (en edad avanzada también), se practican preferencias sexuales personales, se habla de "derecho" a tener un hijo, que se desea y se programa. Así que el individualismo penetra en la familia y la redefine según las propias exigencias..

Sea cual fuere su evaluación, esta mutación es una de las causas que bloquea el crecimiento demográfico en Occidente. Sin considerar que la concentración del malestar social aumenta doquiera sobre todo entre los menores, por el aumento de los núcleos mono-parentales que exponen a los niños a una enorme vulnerabilidad académica y económica.

Fundamentalmente, esta rápida transición plantea un interrogante de fondo, y parece que la Iglesia católica sea la única que lo tome en consideración: en la medida en que la familia ha constituido históricamente la forma social que ha gobernado el muy delicado proceso generacional, ¿es posible que se pueda renunciar a ella, como hoy se tiende a pensar?

He aquí el reto de fondo que el Sínodo ha tenido que afrontar: ¿cómo es posible re-inculturar la familia - que durante siglos ha sido el gozne de la trasmisión de la vida y el fundamento de la identidad personal - en el modo de vida contemporáneo?

Nunca como hoy, la familia corre el riesgo de quedarse enredada en malas narraciones y ser el pretexto para disputas ideológicas, quedándose al final ausente, a pesar de ser evocada muy a menudo, del espacio público de la comunicación.

Ponerse del lado de la familia significa, ante todo, trabajar para responder a la pregunta: ¿cómo lograr que la familia, en todo lo que tiene de bueno, resplandezca ante los ojos desencantados y decepcionados - y a veces cínicos - del hombre contemporáneo? Y luego, ante la constatación que a nuestro alrededor (pero ante todo dentro de nosotros) hay tantas heridas, fracasos, contradicciones, ¿qué hacer para evitar que la Iglesia sea considerada como un (improbable) grupo de "puros", inmunes al virus del tiempo? Es decir, ¿cómo encontrar un equilibrio entre la exigencia de reafirmar la verdad de la familia y no perder el contacto con la atormentada experiencia humana de nuestros días?

Al no ser ya una norma social, la familia contemporánea se descubre frágil y contradictoria. Por esto tiene una enorme necesidad de alguien que en todo momento la ayude a encontrarse a sí misma y a superar sus crisis y padecimientos. Como saben todas las familias que en tiempos como éstos logran permanecer unidas, y felizmente unidas, los ingredientes fundamentales para ello son la acogida y el perdón para estar con el otro (padre anciano, hermano, cónyuge, hijo, nieto).

Así que hay que liberar el campo de dos equivocaciones: defender la familia no significa defender la familia nuclear bien encerrada en su propio piso, con las pequeñas seguridades que luego ahogan, sino se trata de defender la alianza entre la alteridad, insertada en una cadena de generaciones, abierta a la vida en todas sus formas.

En segundo lugar: definir así la familia no significa negar la legitimidad de otras formas de alianza, y tampoco el derecho a la estabilidad y al acceso a servicios, a derechos, etc. Pero es necesario hacer la diferencia entre realidades que no son equivalentes. Las palabras son mundos, con una historia. Y estos mundos no pueden ser colonizados con la violencia, por la última persona que llega, que impone su lengua y sus valores. Las dos culturas que hoy se enfrentan no son la conservadora y la progresista, sino yo-relacional y yo-absoluto.

El encuentro-confrontación puede ser la ocasión para volver a la autenticidad, más allá de las incrustaciones, de los oropeles y también de las deformaciones que se han ido afirmando como algo 'normal', sólo porque han sido legitimadas por medio de una etiqueta que la sociedad ha aceptado.

En realidad, no hay mal que para bien no venga: en la crisis actual, la familia - con su carga de vínculos de sangre, amores y rencores profundos - tiene de hecho la posibilidad de repensar su sentido hondo en términos de "escuela de alteridad", que al colocar a cada uno de manera personal en alguna parte del mundo, contribuye a refundar y reproducir nuestra humanidad. Y esto porque en la familia, contrariamente a lo que ocurre en casi todas nuestras experiencias contemporáneas (donde nos acostumbramos a desconectar, a desplazarnos, a evitar la alteridad que nos fastidia y a buscar sólo quien se parece a nosotros) - el otro, con su carga de belleza y de cansancio - no puede ser eliminado.

¿Qué puede y debe ser hoy la familia?

Esbozamos una respuesta:

Un bien irrenunciable, un bien que pertenece a todos

Una alianza creadora

Unas entrañas vitales y una puerta abierta

La familia respira y vive si se abre más allá de sí misma, y si se regenera en este movimiento de reciprocidad, donde se alimenta mientras vuelve a tejer la red social.

La familia volverá a encontrarse a sí misma y a encontrar su propia función social sólo si vuelve a su vocación originaria que es apertura a la vida, a los demás, al sentido de la vida. Pero para hacerlo tiene que romper el aislamiento en el que se encuentra y que la debilita.

La familia del futuro no será idéntica a la familia del pasado, y esto porque las relaciones de género e inter-generacionales se van a redefinir, como también las formas de vida, los tiempos de trabajo, las responsabilidades en el ámbito de la educación. Para emprender ese camino de renovación, la familia no debe temer el cambio, sino más bien sacar fuerza de su extraordinaria capacidad de adaptación que en el curso de la historia le ha permitido asumir varias formas. Por esto, hablar de la familia es la manera más concreta para volver a poner en marcha la pastoral en su conjunto. Hay que partir de la vida de las personas - y no de principios abstractos, y desde allí preguntarse qué quiere decir hoy: anunciar, acompañar, acoger, sabiendo que la realidad histórico-social está recorriendo caminos problemáticos, que sin embargo constituyen el testimonio de una búsqueda humana.

El desafío para la comunidad cristiana consiste en volver a ser - como en otros momentos de la historia - la levadura de nuevos modelos de vida familiar, para que vuelva a resplandecer. Y esto porque estamos convencidos de que la familia - con sus muchos y fundamentales "buenos argumentos" - al final logrará superar esta crisis, como ha ocurrido antes, Y que la "mejor" familia, todavía no ha nacido.

Si hace esto, la relación con todas las situaciones "problemáticas" se volverá menos difícil. Se verá con claridad que la misericordia de la que habla Francisco no quiere decir 'ceder' ante el mundo, sino que es la traducción de aquella novedad evangélica que ha hecho del cristianismo algo grande en la historia. Una comunidad que es capaz de custodiar y renovar su tesoro no teme acercarse a quienes lleva en la carne de su propia vida los signos de las heridas que una humanidad tan presuntuosa y desorientada como la nuestra produce.

Y el Papa Francisco piensa justamente en esta metamorfosis de la familia, y a sus peripecias, cuando insiste en una Iglesia que sea capaz de usar el lenguaje de la dulzura y de la misericordia. No trata de diluir la tradición, sino hacer que reviva: en un mundo que se hunde en la soledad del individualismo, lo que salvará la familia no será una fría reglamentación sino la experiencia concreta de la posibilidad de reconocer y ser reconocidos, más allá del mal que hacemos y padecemos.

### **3. Algunos puntos de atención para la próxima fase del camino**

¿Qué nos enseña pues esta primera fase del proceso que el Papa Francisco ha comenzado?

Algunos puntos clave, en síntesis:

- *Las preguntas antes de la respuestas*

En el Sínodo han ido emergiendo dos niveles de discurso.

El discurso de los medios de comunicación, centrado en dos cuestiones: el matrimonio homosexual y la comunión a los divorciados y entre las dos únicas posturas a favor/en contra. Es el típico mecanismo del prejuicio: el esquema está definido de antemano, y todo se selecciona y se interpreta en un marco que es rígido y preparado de antemano. Es la actitud de los fariseos, al acecho de ver a Jesús que falla sobre la pureza doctrinal.

Pero como Jesús con los fariseos (quienes muy activamente han tratado de neutralizar la labor del Papa atacando a Kasper y publicando un 'instant book' admonitorio, entre otras cosas), así también el Papa Francisco ha logrado deshacer los juegos y dar un salto de calidad, y lo ha hecho huyendo de las respuestas tranquilizadoras y tomándose el tiempo para escuchar y preguntar, sin la prisa de obtener resultados, y a pesar de ser acosado por todos los lados..

Las cuestiones son cada vez más complejas, y es nuestro deber saber leer los signos de los tiempos, como nos recomienda Pablo VI en la *Gaudium et Spes*, con paciencia tomándonos el tiempo necesario.

El salto de libertad y el camino auténtico está en romper las opciones escritas de antemano ('pero yo os digo') y cambiar la lógica, según las palabras de Adorno quien decía que 'la libertad no consiste en elegir entre blanco y negro, sino en no aceptar esta opción prescrita'.

Y a pesar de todo, el Papa Francisco ha evitado las opciones prescritas, porque eran pretenciosas.

- *Un método de humanidad y de libertad.*

El Papa Francisco no ha temido mostrar que dentro de la Iglesia las posiciones son diferentes, y que el acuerdo es un proceso que hay que construir y no un dato que hay que registrar.

Su método es paradigmático: hay que escuchar la realidad, dejarse interpelar por los signos de los tiempos, y por las necesidades, los sufrimientos, los gozos de la vida concreta de las personas. Luego reflexionar, confrontarse, comunicar las diferentes posiciones, en una Iglesia que es mundial y pasar a las cuestiones individuales, desde diversos ángulos de vista y de experiencia. Por último tomarse tiempo para el discernimiento y la oración, en esta doble articulación de la escucha que prevé acoger el mundo, mirarlo con bondad y misericordia, y tener un diálogo con Dios en la oración para que ilumine este camino.

A lo largo del Sínodo y no solamente allí, el 'recen por mí' del Papa Francisco ha resonado siempre. Esta es la doble articulación que evita la deriva tanto política como cultural.

Es posible hablar después de haber escuchado: la verdadera comunicación nace del silencio, y ésta ha sido también la lección de Benedicto XVI.

- *Familia de familias, familia humana*

En *Caritas in Veritate* Benedicto XVI había hablado de la 'familia humana' y el Papa Francisco ha definido la iglesia como 'familia de familias'. De esta afirmación se desprenden dos consideraciones: una más lineal y la otra más radical. Primera consideración: liberar la familia de la colonización del mundo individualista, que es en gran parte responsable de sus sufrimientos. El ser humano es relacional, y la familia es una célula relacional: para superar su crisis ha de redescubrir esta vocación que es la suya.

Desde esta perspectiva es posible ver con mayor claridad que la familia no es sólo una institución en crisis, un problema, sino un recurso, capaz de activarse y movilizar energías. Lo testimonian los muchos casos de familias que acogen, que acompañan núcleos más frágiles contribuyendo a crear inclusión y a tejer el vínculo social, sacando ellas mismas beneficio de este virtuoso proceso. La segunda consideración es más provocadora. Y ¿si la familia fuese realmente un concepto más amplio del que entendemos con este término? Sin ceder a las modas, sino pensando en lo dicho por Benedicto XVI y por el Papa Francisco, ¿no sería posible recuperar el significado propio que es el de *famula*, que viene de *fama*, cuyo significado es casa, para indicar a las personas que viven juntas en un clima de fraternidad, de solidaridad y de cariño? La familia tiene un carácter dinámico, cambia forma en el tiempo. El matrimonio es otra cosa, es un vínculo indisoluble entre un hombre y una mujer, abierto a la vida, es un sacramento y no es posible acceder a ese vínculo con ligereza, porque compromete la vida entera.

Esto no necesariamente debe excluir otras formas de unión que no pueden ser definidas como 'matrimonio' si no presentan estos rasgos: hay que salvaguardar las diferencias, aunque se acojan múltiples formas y la equivalencia no tiene un efecto de justicia, sino de nihilismo. Esto hay que discutirlo, pero podría ser un camino, para afrontar la cuestión de las uniones entre personas del mismo sexo.

#### - *Repensar la pastoral en su conjunto*

Si hoy, como parece evidente, la realidad social parece emprender un camino distinto sobre un tema tan fundamental como la familia, entonces hay que preguntarse cómo repensar la pastoral, es decir cómo anunciar el Evangelio, pero también cómo estar cerca de la realidad de la gente y, al hacerlo, de la historia. La Iglesia católica ha sabido hacerlo bien en el curso de los siglos. Desde este punto de vista, la ocasión del Sínodo abre el camino a una renovación que consiste en superar la fragmentación que en el pasado respondía a criterios de eficiencia (pastoral de la familia, pastoral del trabajo, pastoral para migrantes...) y pensar en nuevas formas que mejor respondan a la complejidad y sobre todo a la totalidad de la experiencia y de la persona humana .

Esto quiere decir que la respuesta a la pregunta que constituye la base de la convocación del Sínodo la tiene la Iglesia misma que debe preguntarse si está dispuesta a interrogarse sobre sí misma, sobre qué puede hacer, como comunidad, para favorecer el surgir de formas de vida de familia que respondan mejor a las condiciones de la vida contemporánea.